

El año electoral norteamericano

JOSÉ MARÍA CARRASCAL*

Mil novecientos ochenta y ocho va a ser en los Estados Unidos, en primer lugar, un año de lucha. Además, por partida doble: junto a la elección normal, habrá otra interna, en el seno de los dos grandes partidos, al no poder reelegirse al Presidente, por haber cumplido ya dos mandatos. Va a haber un cambio obligado de persona, y a poco que nos descuidemos, un cambio de era, o, por lo menos, de capítulo histórico.

De ahí que las incógnitas de 1988 sean dos: ¿quién ganará las elecciones? y ¿traerá, con el final de Ronald Reagan como político, también el final del *reaganismol*? Incógnitas grandes, porque pequeñas son infinitas.

LA ERA DE REAGAN

La *era Reagan* —vamos a seguir usando esa expresión con la ligereza que hoy se da a tantas— viene perdiendo gas desde hace tiempo. Ha dado de sí cuanto podía dar, que fue bastante, y sus fórmulas político-económicas sorprendentes y afiladas un día, se han quedado manidas y romas. Confirmándonos que las fórmulas políticas son muy distintas de las matemáticas, y tienen validez tan sólo mientras se crea en ellas. En el momento que surge la duda, tanto de su creador como de a quienes se aplican, dejan de funcionar. Que es tal vez por lo que la política y la economía se aproximan más a la superstición que a la verdadera ciencia.

LA BASE PARA LA PAZ

En cualquier caso, es lo que viene ocurriendo al *reaganismo* desde hace dos años. Ronald Reagan llegó a la Casa Blanca a caballo de una enorme frustración norteamericana. Frustración ante un país que había perdido su brújula, y ante unos dirigentes que no sabían dirigir. La clave de su filosofía era muy simple, razón de que se entendiese tan fácilmente: en política interior, *es necesario acabar con el Estado-providencia*, devolviendo al individuo el protagonismo de la vida pública. En política exterior, *la paz se basa en estar preparados para la guerra*. Sólo si somos respetados, impediremos que nuestros rivales sigan avanzando, y con ello, el riesgo de llegar a un conflicto armado cuando amenacen nuestros intereses vitales.

Se necesita estar cegado por la pasión ideológica para no ver que los éxitos de Reagan en su primer mandato fueron espectaculares. Su «*¡Estado fuera!*» se convirtió en eslogan, no sólo en los Estados Unidos, sino en el mundo entero, y el mejor tributo a la *reaganomics* se lo ha rendido no Mrs. Thatcher, a fin de cuentas

* El Vellón (Madrid), 1930. Periodista. Correspondiente de ABC en Estados Unidos. Premio Nadal 1972 y Premio Ciudad de Barcelona 1973.

afín ideológica, sino los socialistas que han adoptado el dogma de las privatizaciones, e incluso los comunistas que han dejado de considerarlas herejía. Cinco años de crecimiento económico ininterrumpido y 14 millones de puestos de trabajo creados son un récord impresionante, no importa como se mire, aunque tal vez importa quién lo mire. En política exterior, la razón le vino dada a Reagan por Gorbachov. El presidente norteamericano comenzó diciendo algo blasfemo para el progresismo internacional: que sólo armándose substancialmente, podría llegarse a un auténtico desarme. La paradoja funcionó, y hemos tenido el primer tratado de desarme auténtico, que elimina todo un sistema de armas, los misiles de alcance medio, y abre las puertas para reducciones substanciales en los de largo alcance y en las tropas convencionales. ¿Cómo es posible? Si en vez de aplicar las normas éticas, aplicamos las objetivas, que son las que rigen en política, lo veremos claro: el desarme unilateral no trae la seguridad, ni siquiera la paz. Al revés, abre el apetito del rival, lo que es siempre peligroso. Y desde luego, no le ofrecen incentivos para desarmarse él. Pero parece que esta lección tan simple tiene que ser aprendida de nuevo por cada generación de políticos.

Los éxitos iniciales de Reagan en política interior y exterior tuvieron como primera consecuencia la devolución al pueblo norteamericano de un orgullo que había perdido en un viacrucis de derrotas. Ello, su personalidad cordial y su dominio de los medios de comunicación, explica la popularidad que consiguió mantener, cuando otros presidentes rodaban ya ladera abajo de su mandato.

La racha, sin embargo, se ha roto y hoy está donde estaban la mayoría de sus predecesores a estas alturas: con su prestigio disminuido y su autoridad en entredicho. Curiosamente, el principio del fin comenzó en su hora más brillante. Hoy podemos decir que el punto de giro de la era Reagan fue su apabullante victoria sobre Walter Móndale en 1984. Hasta entonces, su Administración había funcionado como una máquina último modelo, bien engrasada por un equipo en la Casa Blanca a la vez eficaz y pragmático. Pero aquella victoria trajo el levantamiento de los dogmáticos, de los que decían que no había que hacer compromisos, de los que clamaban «*Dejad a Reagan ser Reagan!*». Y le dejaron, con las consecuencias que hemos visto. Reagan puede tener un notable carisma personal y un buen instinto para conectar con su pueblo. Puede incluso saber de donde sopla el viento histórico. Pero en la ejecución de planes es una auténtica nulidad, teniendo que depender por completo de profesionales, cosa que él no lo es. Y si esos ejecutores de su política son un desastre, el resultado será un desastre. Que es lo que ha ocurrido durante el segundo mandato de Reagan, una sucesión de errores a cual más grave, desde la venta de armas a Irán a la selección de magistrados para el Tribunal Supremo. Hombres como el Almirante Poindexter, el Teniente Coronel North o el Fiscal General Méese, tratando de llevar a la práctica el *reaganismo*, han semihundido a Reagan. Por si faltase algo, la bolsa ha caído, robándole su último gran triunfo. Y demostrándonos de paso algo que los economistas no quieren reconocer: el

LOS ÉXITOS INICIALES

EL ÚLTIMO AÑO EN LA CASA BLANCA

GOBIERN O DE COALICIÓN

FRACASOS

enorme ingrediente psicológico detrás de la economía. Lo que es también lógico: la economía se basa, ante todo, en la confianza. Si falta ésta, aquélla no puede desarrollarse cómodamente. Si falla por completo, ni siquiera puede desarrollarse.

Ronald Reagan inicia así su último año en la Casa Blanca no como esperaba, para coronar felizmente su mandato, sino para evitar que no acabe en desastre. Ya no controla los acontecimientos, sino que los acontecimientos le controlan a él. Es, de todas formas, lo bastante inteligente para darse cuenta de ello y en vez de lanzarse a una defensa a ultranza de su filosofía, trata de alcanzar compromisos con sus rivales, ya sea el Congreso demócrata, sea Mikhael Gorbachov, para salvar lo que pueda de su herencia. Es como le hemos visto aceptar condiciones a un tratado con Moscú que posiblemente no hubiese aceptado hace unos años y asentir a impuestos, indirectos, eso sí, pues todo tiene un límite, para paliar el déficit presupuestario.

Su último año va a ser en realidad de gobierno de coalición. El Presidente no va a dominar la escena política, como ocurrió hasta ahora, sino que el Congreso, demócrata por más señas, va a tener un papel de igualdad en la formulación de la política interior y exterior. Puede ser fructífero. Pero ya no será *reaganismo*. Es más, conforme se acerque el día de su retirada, el poder se escapará de manos del Presidente por ley natural y mientras no tenga sucesor, el beneficiado será el Congreso, que si empieza 1988 como socio menor de ese indeclarado gobierno de coalición, lo terminará seguramente como socio más fuerte, con un Reagan necesitándole para rematar cuanto hace, sea ratificar los acuerdos con Moscú, sea consolidar una política centroamericana, sea fijar una estrategia respecto al dólar. Esta colaboración, que teóricamente puede ser buena al moderarse mutuamente ambos poderes, en la práctica puede no serlo tanto. No hay que olvidar que el Congreso norteamericano es todo menos un organismo armonioso y coherente. No sólo está compuesto de dos cámaras, integradas a su vez por dos partidos, sino, que una y otra están subdivididas en infinitos subgrupos de conservadores, moderados, liberales, proteccionistas, internacionistas, aislacionistas, agrícolas, industriales, súdenos, norteños, negros, hispanos, etc., cada uno con sus ideas, interés y políticas especiales, lo que hace muy difícil que se pongan de acuerdo en algo. Los compromisos que se alcanzan en él están siempre neutralizados por las distintas fuerzas que intervinieron en su gestión, como ha ocurrido en el reciente sobre el corte del déficit presupuestario, que tan poco ha convencido a las Bolsas. Es una perspectiva inquietante, si se piensa en los grandes problemas pendientes, cuya solución depende en gran medida de qué actitud adopta Washington.

¿Qué cantidad de *reaganismo* va a quedar dispuesta de este re-paso final? Desde luego, si el Presidente se empeña en que quede todo, como estaba acostumbrado en su primer mandato, los fracasos que le esperan van a ser tan numerosos como espectaculares. Pero ya hemos visto en los últimos meses que Reagan puede ser

retóricamente tan ideológico como pragmático en la práctica, para desespero de sus más fervorosos seguidores. Su impacto en el país y la sociedad norteamericana, por otra parte, ha sido grande, puede que más amplio que profundo, pero en cualquier caso, no va a borrar así como así, entre otras cosas, porque lo que hizo en muchos casos fue tan sólo cristalizar los sentimientos que ya andaban sueltos por los Estados Unidos. Es por lo que muchas de sus reformas —el frenazo a los impuestos, la desconfianza ante el *Estado-providencia*, la necesidad de una política de firmeza ante los soviéticos— van a sobrevivirle, no importa quien le suceda. Otra cosa es que le sobreviva su política particular, sobre todo en temas controvertidos: Centroamérica, el Golfo Pérsico o el proteccionismo. Pero incluso sus críticos hoy más tenaces, si se ven mañana confrontados con el sandinismo, Jomeini o una posible guerra comercial, tendrán que convenir que una cosa es hacer política de oposición y otra, muy distinta, hacerla en el gobierno. Los intereses geopolíticos y económicos norteamericanos son siempre los mismos, independiente que de quién esté en la Casa Blanca. Lo que implica que los fundamentos de la política exterior y doméstica de Reagan le sobrevivirán. El grado dependerá ya de quien le suceda.

De ahí la doble importancia de las elecciones. El año que empieza va a girar en torno a éstas, con el Presidente alejándose cada vez más del primer plano y un ansioso pelotón de potenciales seguidores acercándose. Será una campaña en la que forcejeean no sólo demócratas contra demócratas, republicanos contra republicanos y, a la postre, demócratas contra republicanos, sino también el humanísimo instinto de continuidad coh el norteamerica-nísimo afán de cambio.

El instinto de continuidad es común a todos los países: si las cosas van bien, lo mejor es no cambiarlas. Y con todos sus errores y cortedades, los años de Reagan han sido de bonanza en los Estados Unidos. La mayoría de los norteamericanos han mejorado de situación e incluso las últimas grandes pérdidas de la Bolsa han sido más rebajas de ganancias hinfladas que auténtica necesidad. Hay, sí, segmentos sociales no beneficiados e incluso algunos que han empeorado de suerte, sobre todo en las escalas inferiores de la población y en los sectores productivos afectados por la falta de competitividad del sector. Pero, en general, los años de Reagan han sido buenos para la mayoría. Es un sentimiento que empuja a no cambiar, a seguir como se está en vez de lanzarse a aventuras o experimentos.

Pero el alma norteamericana no es de esas que gustan del estatismo. Al revés, tiende a cambiar por instinto, tiene incluso que cambiar de casa, de puesto de trabajo, de dieta, de marido o mujer, si se tercia, y, en cualquier caso, de gobierno cada tanto. Ocho años de Reagan son más que suficientes para ella, que quiere algo nuevo.

Lo malo es que lo que le ofrecen no resulta demasiado atractivo. El más atractivo de todos, Gary Hart, abandonó la carrera por una aventura extramarital, para volver a ella siete meses después, convencido de que puede recuperar el mando de la misma, ante la

DOBLE IMPORTANCIA DÉLAS ELECCIONES

EL ALMA NORTEAMERICANA

EL VERDADERO PROBLEMA DE HART

pobreza de ideas y contendientes. Vuelve también dispuesto a que su vida privada no interfiera en la pública, por lo que ha cerrado ese capítulo a la Prensa. No le va a ser fácil en unos tiempos como los que corren, en los que política y espectáculo se entremezclan. Aunque el verdadero problema de Gary Hart no son las faldas, es su carácter, y ese no se cambia en unos meses. Por otra parte, las dudas sobre su buen juicio no han hecho más que aumentar con esta entrada abrupta después de una salida lamentable. La mayoría de los comentaristas creen que creará una llamarada tan brillante como fugaz, que se consumirá a medida que se vayan imponiendo las dudas de fondo sobre él. Pero también es verdad que los análisis tradicionales no sirven en estos días de televisión. Mucho va a depender de que consiga dar un golpe sonado en la *primaria* inicial, la de New Hampshire, y de que logre que se hable de su programa más que de su persona. Algo difícil esto último, no sólo por lo goloso que es el cotilleo, sino porque, a la postre, la elección de un presidente es algo personal tanto o más que político. Claro que en televisión, hoy el último arbitro, la personalidad de cada uno depende más de cómo da en la pequeña pantalla que de cómo sea realmente, y aún no sabemos cómo se «venderá el nuevo Hart».

El resto de los demócratas es una colección de *yuppies* y de liberales reciclados, que han merecido el gráfico calificativo de *ena-nitos*. El que las encuestas pusieran en cabeza de ellos al reverendo Jess Jackson lo dice todo. Porque Jackson, aparte de batir a los demás, es también el que más animadversión produce entre el público general, según arrojan las mismas encuestas. No porque sea negro, sino porque está catalogado como extremista, y le va a ser difícil quitarse ese sambenito. En cualquier caso, sus posibilidades de ganar a cualquier candidato republicano son poco menos que nulas. Y los demócratas lo saben, así que tendrán buen cuidado en no elegirle. ¿Por qué va entonces en cabeza? Pues porque en esta fase previa a la campaña, él ya ha sumado todos sus seguidores, mientras los del resto aún no han cristalizado. Pero en cuanto alguno destaque en las *primarias* iniciales, comenzará a ganar potencia. El problema es si será bastante para imponerse en la batalla final.

LOS REPUBLICANOS

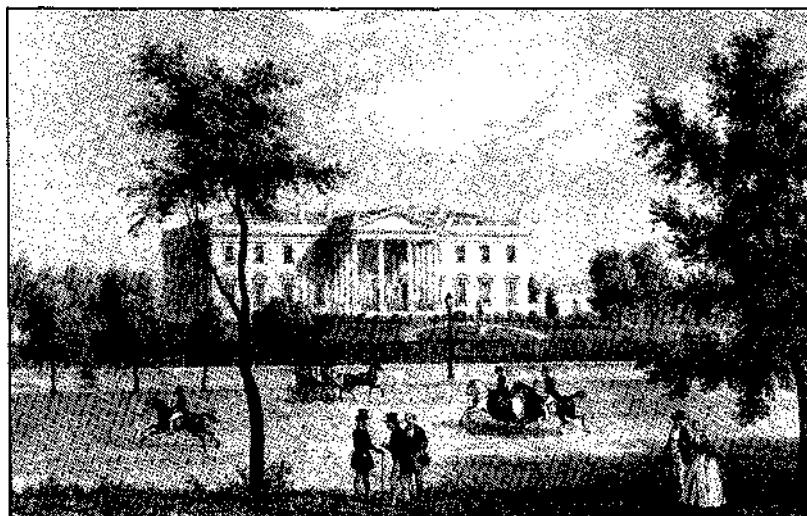
En el campo republicano, domina el vicepresidente Bush, heredero natural. Un Reagan sin Reagan. Lo que es para él a la vez un *plus* y un *minus*, al unir su suerte a la de su mentor. Su rival más destacado, Dole, es un excelente senador, pero no acaba de vérsele como presidente. Le sobra profesionalismo y le falta carisma. Claro que ¿quién lo tiene? Alexander Haig sigue siendo un general-político, una doble desventaja. Kemp es el campeón de los ultraconservadores. Pero con ellos se puede ganar, todo lo más, la candidatura republicana, no la Casa Blanca. Lo hizo Reagan y ha bastado para medio siglo. Y eso vale, en cierto modo, para todos los republicanos: si los norteamericanos se deciden a cambiar, será para un cambio de verdad, no para quedarse en el mismo campo.

La nueva reglamentación de la carrera introduce otra incógnita. Las *primarias* no van a desgranarse semana tras semana, sino que se han agrupado en bloques regionales, con un número decisi-

vo de compromisarios en juego. Las del 8 de marzo serán las más importantes, al votar todo el Sur. Quien se imponga allí va a obtener una ventaja sobre sus rivales difícil de neutralizar. En vez de una larga carrera de obstáculos, vamos a tener otra de velocidad en tramos decisivos, que pueden decidir la victoria final bastante antes de llegar a la meta. Por último están los imprevistos: ¿Se decidirá el Gobernador Cuomo a saltar al ruedo? El dice que no, pero ¿no será pura táctica para saltar en el momento más oportuno? ¿Y si es su propio partido quien se lo pide, ante las pocas perspectivas de los otros candidatos? ¿Y si la economía se hunde? ¿Y si hay acuerdo general de desarme?

Demasiadas incógnitas para hacer, a esta distancia, un pronóstico. Nos atrevemos, sin embargo, a hacer una predicción: si el acuerdo sobre misiles de alcance medio abre las puertas a otros partidos y si la Bolsa se limita a seguir recortando pasados beneficios sin llegar al *crash*, será Bush. Si, en cambio, la situación internacional se agría y la economía se agrava, será un demócrata, cualquiera de ellos. O dicho de otra forma: si las cosas se mantienen más o menos como hasta ahora, se impondrá el continuismo de un *reaganismo* sin Reagan. En otro caso, se impondrá el cambio. Lo que quiere decir que Wall Street y Gorbachov tendrán un voto importante, puede que decisivo, en las próximas elecciones norteamericanas.

DEMASIADAS INCÓGNITAS



La Casa Blanca en 1842